

— ¡Caramba! las cartas están ahí... De prisión, de reclusión, de secuestro.

— Al hecho, murmuró Justino: si se la lleva es para ocultarla... ¡Continuad, continuad! Hasta aquí tenéis razón.

— ¡Sí, eso es, amigos... y buenos amigos!

Contó la Brocante otra vez hasta siete y paró sobre la sota de espadas vuelta boca arriba.

— El mal os procede, dijo, de una mujer morena á quien la que amáis cree su amiga.

¿ La señorita Susana de Valgeneuse tal vez?

— Las cartas dicen: *una mujer morena*, pero no dicen su nombre.

Volvió á su cálculo y paró sobre el ocho de espadas, que estaba boca arriba.

— Este proyecto se ha frustrado; era un matrimonio.

Justino estaba jadeante; hasta entonces, sea casualidad, sea magia, las cartas habían dicho la verdad.

— ¡Oh, continuad! dijo, ¡en nombre del cielo continuad!

Continuó y paró en uno de los tres ases colocados unos en pos de otros.

— ¡Oh, oh! ¡dijo, complot!

Al cabo de otras siete cartas llegó al rey de bastos vuelto boca arriba.

— Os ayuda en este momento, dijo, un hombre leal y amigo de prestar servicios...

— ¡Salvador! murmuró Justino: así me dijo que se llamaba.

— Pero contrariado en sus proyectos, añadió la vieja, una cosa que emprende en este momento en vuestro obsequio experimenta retraso.

— ¿ La joven rubia? ¿ la joven rubia?... preguntó Justino.

Contó la vieja otra vez hasta siete y paró sobre el caballo de espadas.

— ¡Oh! dijo, ha sido robada por un joven moreno y de malas costumbres.

— ¿ Dónde está, señora, exclamó Justino, dónde está ella? ¡decídmelo, y es vuestro cuanto poseo!

Y registrando su bolsillo sacó de él un puñado de plata que se apresuraba á arrojarlo sobre la mesa en que la Brocante hacía sus juegos, cuando sintió que la detenían el brazo.

Volvióse y vió que era Salvador que acababa de entrar sin ser visto ni oído, y que se oponía á aquella liberalidad exagerada.

— Volved ese dinero á vuestro bolsillo, dijo á Justino: bajad; montad sobre el caballo de Mr. Juan Robert, partid á galope para Versalles, y vigilad para que nadie ponga el pie en el patio de recreo.... Son las siete y media, á las ocho y media podéis estar en casa de Mad. Desma-rest.

— Pero... dijo Justino con afán.

— Partid sin perder un momento, dijo Salvador, es preciso.

— Pero...

— Partid, ó no respondo de nada.

— Parto pues, dijo Justino.

Y al salir, añadió dirigiéndose á la Brocante:

— Estad tranquila, que yo volveré á veros.

Bajó rápidamente, tomó la brida de manos de Juan Robert, saltó en la silla como un hijo de un labrador acostumbrado desde la infancia á montar toda clase de caballe-

rias, y desapareció al galope por la calle Copeau, es decir, por el camino más corto para tomar el de Versailles.

CAPÍTULO IX.

DE CÓMO LAS CARTAS SIEMPRE TIENEN RAZÓN

Desembarazado Juan Robert de la custodia del caballo, buscó á tientas la escalera cuya dirección le había indicado Salvador, que al volver de casa del comisario de policía le había encontrado el primero á la cita.

Podríamos extendernos diciendo unas cuantas chanzonetas sobre las escalas, los graneros y los poetas, pero Juan Robert tenía un caballo como hemos dicho, un caballo muy bueno de media raza, que podía resistir cinco leguas por hora; Juan Robert salía pues de la categoría de los poetas de escalas y graneros.

Al ver á Salvador había dejado la vieja caer su baraja, lanzando un profundo suspiro; los perros se habían vuelto á su banasta, y la corneja había recobrado su puesto sobre la viga.

Cuando á su vez entró Juan Robert no vió pues más que un grupo, que por lo que tenía de pintoresco hubiera regocijado el ojo de pintor de su amigo Petrus, y que por la misma razón se apoderó inmediatamente de su corazón de poeta.

Componíase el grupo de la vieja que echaba las cartas sentada sobre su escabel, de Babolín acostado á sus pies, y de Rosa de Noel en pie, á su lado, y apoyada en el pilar.

La Brocante esperaba evidentemente con inquietud lo que iba á decir Salvador.

En cuanto á los dos niños, sonreían á este último como á un amigo, pero cada cual con una expresión diferente.

En Babolín era la sonrisa de la alegría, en Rosa de Noel la de la melancolía.

Pero con grande asombro de la Brocante, Salvador no manifestó que había fijado la atención en lo que acababa de pasar.

— ¡ Hola ! Brocante, preguntó ; ¿ cómo va, Rosa de Noel ?

— ¡ Bien, Salvador, muy bien ! respondió la joven.

— No te pregunto eso á ti, pobrecilla, sino á esta mujer.

— Tose un poco, Mr. Salvador, dijo la vieja.

— ¿ Ha venido el médico ?

— Sí, Mr. Salvador.

— ¿ Qué ha dicho ?

— Que ante todo era preciso mudarnos de aquí.

— Ha hecho bien en decir eso, Brocante ; tiempo hace que os lo he dicho yo también.

Y añadió más severamente y frunciendo las cejas :

— ¿ Por qué tiene aún esta niña las piernas y los pies desnudos ?

— No quiere ponerse medias ni zapatos, Mr. Salvador.

— ¿ Es verdad, Rosa de Noel ? preguntó con dulzura el joven, pero con un tono sin embargo en que se advertía algo de reprensión.

— No quiero ponerme medias, porque no tengo más que gruesas medias de lana ; y no quiero ponerme zapatos, porque no tengo más que gruesos zapatos de becerro.

— ¿ Por qué no te compra la Brocante medias de algodón y zapatos de cabritilla ?

— Porque eso es demasiado caro, Mr. Salvador, y yo soy pobre.

— Te equivocas, dijo Salvador, eso no es caro : mientes, añadió ; tú no eres pobre.

— ¡ Mr. Salvador !

— Silencio, y escucha bien lo que te digo...

— Ya escucho, Mr. Salvador.

— ¿ Y obedecerás ? repitió el joven con voz más imperiosa.

— Obedeceré.

— Si dentro de ocho días, ¿ entiendes ? si dentro de ocho días no has encontrado una habitación para ti y Babolin, un gabinete donde penetre el aire y el sol para esta niña, y un chiribitil aparte para los perros, te quito á Rosa de Noel.

La vieja pasó su brazo en derredor del talle de la joven, y la estrechó contra sí como si Salvador hubiera querido efectuar su amenaza en el instante mismo.

— ¡ Me quitaréis á mi hija ! exclamó la vieja, ¡ á mi hija que hace siete años que está conmigo !

— Por lo pronto, Rosa de Noel no es tu hija, dijo Salvador : es una niña que tú has robado.

— ¡ Salvado, Mr. Salvador, salvado !

— Si la has robado ó la has salvado, lo discutirás con Mr. Jackal.

Calló la Brocante, pero estrechó más fuertemente á Rosa de Noel.

— Por otra parte, continuó Salvador, yo no he venido para esto, sino para proteger á ese pobre joven á quien estabas en camino de despojar cuando yo entré.

— Yo no le despojaba, Mr. Salvador ; tomaba lo que me daba voluntariamente.

— Entonces le engañabas.

— No le engañaba, le decía la verdad.

— ¿ Y cómo sabías tú la verdad ?

— Por las cartas.

— ¡ Mientes !

— Sin embargo, las cartas...

— Son un medio de estafa.

— Mr. Salvador, por la cabeza de Rosa de Noel juro que es verdad cuanto le he dicho.

— ¿ Y qué le has dicho ?

— Que amaba á una joven rubia de diez y seis á diez y siete años.

— ¿ Quién te lo ha dicho ?

— Las cartas.

— ¿ Quién te lo ha dicho ? repitió Salvador imperativamente.

— Babolin, que lo ha sabido en el cuartel.

— ¡ Ah ! ¿ ese es el oficio que desempeñas ? ¡ eh ! dijo Salvador á Babolin.

— Perdón, Mr. Salvador : no he creído que obrara mal diciendo esto á la Brocante ; porque era harto bien conocido en el barrio de Santiago que Mr. Justino amaba á la señorita Mina.

— Continúa, Brocante ; ¿ qué más le has dicho ?

— Le he dicho que la joven le correspondía, que había un proyecto de matrimonio ; pero que este proyecto había sido trastornado por una suma de dinero inesperada.

— ¿ Quién te ha dicho eso ?

— ¡ Diablo ! Mr. Salvador, el nueve de bastos significa dinero, así como el siete de oros ; y el ocho de espadas, así como el siete de copas, proyecto frustrado.

— ¿Quién te ha dicho eso, Brocante? insistió Salvador impacientándose cada vez más.

— ¡Un buen cura, Mr. Salvador, un buen cura, anciano de blancos cabellos, que de seguro no mentía! Estaba diciendo en un grupo de gentes que le interrogaban: «y cuando se piensa que es una suma de doce mil francos...» no estoy segura de si eran diez ó doce.

— ¡Poco importa!

— «Y cuando se piensa, decía el buen anciano cura, que una suma de doce mil francos, que yo he traído, es la causa de toda esta desgracia.»

— ¡Bien, Brocante! ¿Y después qué más le has dicho?

— Le he dicho que la señorita Mina había sido robada por un joven moreno.

— ¿Y de dónde lo sabes?

— Mr. Salvador, estaba allí el caballo de espadas, enténdéis, y el caballo de espadas...

— ¿De dónde sabes que la joven ha sido robada? repitió Salvador dando un golpe en el suelo con el pie.

— La he visto, caballero.

— ¿Cómo la has visto?

— Como os estoy viendo, Mr. Salvador.

— ¿Dónde la has visto?

— En la plaza Maubert.

— ¿Has visto á Mina en la plaza Maubert?

— Esta noche, Mr. Salvador, esta noche... Venía yo de recorrer la calle Galande, y recorría la plaza Maubert, cuando de repente pasó un carruaje, que se hubiese dicho que iba desbocado; bajase el vidrio, y oígo una voz que grita: «¡á mí, socorro!; que me roban!» y una hermosa cabecita rubia como una cabeza de querubín, asoma por a portezuela. Al mismo tiempo aparece otra cabeza... la

de un hombre moreno con bigotes... Tira éste hacia atrás á la que gritaba, y cierra el vidrio; pero la que robaban había tenido tiempo de arrojar una carta.

— ¿Y aquella carta?

— Es la que iba dirigida á Mr. Justino.

— ¿Qué hora era, Brocante?

— Podrían ser las cinco de la mañana, Mr. Salvador.

— ¡Bueno! ¿es eso todo?

— Sí, todo.

— ¿Por la cabeza de Rosa de Noel?

— ¡Por la cabeza de Rosa de Noel!

— ¿Y por qué no lo has dicho todo á Justino, sencillamente, como ha pasado?

— Me he dejado tentar, Mr. Salvador, porque él dirá lo que le ha sucedido, y esto me valdrá consultas.

— Toma, Brocante; ahí tienes un luis por haber dicho la verdad; pero de ese luis comprarás á esta niña tres pares de medias de algodón y unos zapatos de cabritilla.

— Quiero zapatos colorados, Mr. Salvador, dijo Rosa de Noel.

— Los tomarás del color que quieras, hija mía.

Y luego volviéndose hacia la Brocante añadió:

— ¿Has oído? Si dentro de ocho días, día por día, hora por hora, os encuentro aún aquí, me llevo á Rosa de Noel.

— ¡Oh! murmuró la vieja.

— Y tú, Rosa, si te encuentro aún con los pies desnudos, te hago vestir como estabas la primera vez que te vi hace cinco años.

— ¡Oh! Mr. Salvador, dijo la niña.

Entonces aproximándose por última vez á la vieja:

— No olvides, Brocante, le dijo á media voz, que respondes de esta niña con tu cabeza. Si la dejas morir de

frió en este granero, te haremos morir de frío, de miseria y de hambre en un calabozo.

Y después de esta amenaza, se inclinó hacia la joven, que por su parte adelantó su frente para recibir el beso de Salvador.

Saliendo en seguida de aquel tabuco hizo señas á Juan Robert de que le siguiése.

Juan Robert lanzó la última mirada sobre la vieja y sobre los dos niños, y salió á su vez en pos de Salvador.

— ¿Quién es, pues, esa extraña joven? preguntó á Salvador una vez llegado á la calle.

— ¡ Sólo Dios lo sabe! respondió éste.

Y bajando toda la calle Copeau y la de Mouffetard, refirió al poeta el acontecimiento de la noche del 20 de Agosto, y cómo la joven que acababa de ver, y cuya belleza salvaje había producido en él tan poderoso efecto, había caído en manos de la Brocante, y cómo aquella perla se encontraba en medio de aquel estercolero.

La relación no era larga, como se sabe; así es que cuando los dos jóvenes llegaron al Puente Nuevo estaba concluida.

— Allí, dijo Salvador, yendo á apoyarse contra la reja de la estatua de Enrique IV.

— ¿ Os detenéis ahí? preguntó Juan Robert.

— Sí.

— ¿ Por qué nos detenemos?

— Para aguardar.

— ¿ Para aguardar á quién?

— Un carruaje.

— ¿ Que va á conducirnos á dónde?

— ¡ Oh! querido mío, ¡ sois demasiado curioso!

— Sin embargo...

En vuestra calidad de poeta dramático, sabéis que es una prueba de talento sostener el interés.

— Como queráis... Aguardemos.

Por lo demás no aguardaron mucho tiempo.

Al cabo de diez minutos, un carruaje, tirado por dos vigorosos caballos, volvía el malecón de los Plateros y se detenía enfrente de la estatua de Enrique IV.

Un hombre de unos cuarenta años abrió la portezuela del interior, en que estaba colocado diciendo:

— ¡ Vamos pronto!

Montaron los dos jóvenes.

— Donde tú sabes, dijo el hombre del carruaje al cochero.

Y el carruaje partió al galope volviendo á la extremidad del Puente Nuevo, y tomando el malecón de la Escuela.

CAPÍTULO X.

MR. JACKAL

Contemos á nuestros lectores lo que Salvador no había juzgado oportuno referir á Juan Robert.

Al dejar Justino y Juan Robert la calle del arrabal de Santiago, Salvador, como hemos dicho se había encaminado hacia la casa del comisario de policía.

Llegó al callejón inmundo, sin salida, que se llama calle de Jerusalén, sentina estrecha, sombría y fangosa por donde nunca pasa el sol sin cubrirse.

Franqueó Salvador la puerta de la prefectura con la

manera lista y desembarazada de un familiar del sombrío edificio.

Eran las siete de la mañana, es decir, apenas se veía. Detúvose el conserje.

— ¡Eh! caballero, ¿adónde vais? le gritó; ¡eh, caballero!

— ¡Y bien! ¿qué hay? dijo Salvador volviéndose.

— ¡Ah! perdón, Mr. Salvador, no os reconocía.

Después añadió riendo:

— Vos tenéis la culpa: estáis tan elegante como un señor.

— ¿Está ya Mr. Jackal en su despacho? preguntó Salvador.

— Es decir que está en él aún, porque ha dormido aquí.

Atravesó Salvador el patio, avanzó por debajo de la bóveda situada enfrente de la puerta, tomó una escalerilla á la izquierda, subió dos pisos, entró en un corredor y preguntó al portero por Mr. Jackal.

— Está muy ocupado en este momento, respondió el portero.

— Decidle que es Salvador, el comisionista de la calle Aux-Fers.

Desapareció el portero por una puerta y volvió casi en el momento.

— Dentro de dos minutos veréis á Mr. Jackal.

Efectivamente, un instante después volvió á abrirse la puerta, y antes que se viese á nadie, se oyó una voz que gritaba:

— Buscad la mujer, ¡pardiez! buscad la mujer: sabed quién es ella.

Después apareció el hombre, cuya voz acababa de oírse.

Intentemos trazar el retrato de Mr. Jackal.

Era un hombre de unos cuarenta años, poco más ó menos, de cuerpo desmesuradamente largo, cenceño, afilado, vermiforme, como dicen los naturalistas, y agregado á esto unas piernas cortas y nerviosas.

El cuerpo revelaba la flexibilidad, las piernas la agilidad.

La cabeza parecía que pertenecía á la vez á todas las familias del orden de los carnívoros digitígrados: la cabellera ó la crin, ó el pelaje, ó como quiera llamársele, tenía un color leonado entrecano; las orejas largas, aplastadas contra la cabeza, y guarnecidas de pelo, parecían á las de la onza; los ojos tenían un iris amarillo de noche, verde de día y participaban á la vez de los del lince y de los del lobo; la pupila alargada verticalmente é igual á la del gato, se contraía y se dilataba según el grado de obscuridad ó de luz en que tenía que obrar; la nariz y la barba, et hocico, queremos decir, era afilado como el de un galgo.

Una cabeza de zorra y un cuerpo de vespa.

Por lo demás las piernas de que sólo hemos dicho una palabra, indicaban que el individuo podía á manera de las garduñas deslizarse por doquier, y pasar por las más pequeñas aberturas con tal que la cabeza pudiese entrar en ellas.

Toda la fisonomía, como la de la zorra, revelaba á la vez la astucia, el ardid y la penetración; como el animal cazador nocturno de conejos y gallinas, se conocía que Mr. Jackal no podía de dejar su escondrijo de la calle de Jerusalén y ponerse á cazar hasta la caída de la noche.

Guiñó los ojos y vió en la penumbra del corredor al que se le había anunciado.

¡Ah! ¡sois vos, mi querido Mr. Salvador! dijo ade-

lantándose con mucho afán. ¿A qué debo el placer de veros tan de mañana?

— Se me ha dicho, caballero, que estabais muy ocupado, respondió Salvador, quien parecía que dominaba con gran trabajo la repugnancia que el polizone le inspiraba.

— Es verdad, mi querido Mr. Salvador; pero bien sabéis que no hay ocupación que no abandone al instante mismo por tener el gusto de conversar con vos.

— Vamos, entremos en vuestro gabinete, dijo Salvador sin responder á la frase cortesana de Mr. Jackal.

— Es imposible, dijo Mr. Jackal; tengo veinte personas aguardándome.

— ¿Tendréis para mucho tiempo con esas veinte personas?

— Para veinte minutos poco más ó menos, á minuto por persona. Necesito estar á las nueve en Bas-Meudón

— ¿En Bas-Meudón?

— Sí.

— ¿Y qué diablos vais á hacer allá?

— Voy á comprobar una asfixia.

— ¿Una asfixia?

— Sí, dos jóvenes que se han muerto... El de más edad tiene veinticuatro años según parece.

— Pobre joven, dijo Salvador suspirando.

Después, volviendo al asunto de Justino:

— ¡Diablo! pues me contraría eso mucho, porque no puedo hablaros á mi placer, y tenía una cosa grave que comunicaros.

— ¡Ah! se me ocurre una idea...

— ¡Decid!

— Voy en carruaje y voy solo: venid conmigo, y en el

camino podréis decirme lo que queráis. ¿De qué se trata, en dos palabras?

— De un rapto.

— ¡Buscad la mujer! ¿Quién es ella?

— ¡Pardiez! eso es lo que buscamos.

— ¡Oh! no es la mujer robada.

— ¿Cuál entonces?

— La que ha hecho robar la otra.

— ¿Creéis que anda una mujer en el negocio?

— En todo anda una mujer, Mr. Salvador; esto es lo que hace nuestro oficio tan difícil. Ayer se me vino á decir que un albañil pizarrero había muerto cayéndose de un tejado...

— Y habéis dicho: ¡Buscad la mujer! habéis preguntado: ¿Quién es ella?

— Justamente: es lo primero que he dicho.

— ¿Y bien?

— Se han mofado de mí: ¡han dicho que yo tenía una monomanía! Se busca la mujer, y se la encuentra.

— ¡Bueno! ¿y cómo ha sido eso?

— Habiéndose vuelto el bellaco para ver una mujer que se vestía en la mansarda ó tejado de enfrente, tanto se distrajo en el placer de contemplarla, que á fe mía se olvidó del sitio en que estaba, se le fué un pie y... patapum.

— ¿Ha muerto?

— ¡Se quedó muerto y seco el imbécil! Con que vamos: ¿venis conmigo al Bas-Meudón?

— Sí, pero tengo un amigo.

— Hay cuatro asientos en mi carruaje. Fargeau, dijo Mr. Jackal al portero, decid que enganchen.

— Es que antes debo ir á la calle Triperet y volver.

— Os concedo media hora.

— ¿Dónde nos encontraremos?

— Iré á la estatua de Enrique IV; haré que se detenga el carruaje: montaréis en él y... arrea, cochero.

Después de lo cual, Mr. Jackal había vuelto á entrar en su despacho, y Salvador había ido á buscar á Juan Robert á la calle Triperet.

Habían pasado las cosas según el programa decretado: los dos jóvenes habían subido al carruaje de Mr. Jackal, y todos tres caminaban hacia Bas-Meudón.

Hemos intentado pintar á Mr. Jackal en lo físico: una pincelada ahora en cuanto á lo moral.

Mr. Jackal era un antiguo comisario de policía, á quien su maravillosa aptitud había elevado por sus pasos contados hasta el rango de jefe supremo de la policía de seguridad.

Mr. Jackal conocía todos los ladrones, todos los rateros, todos los chalanos y gitanos de París, presidiarios cumplidos, presidiarios fugados, ladrones aprendices, ladrones jubilados, ladrones retirados. Todo esto bullía bajo su vasta mirada en el fangoso pondemónium de la antigua Lutecia, sin poder, fuere lo que quisiere la obscuridad de la noche, la profundidad de las canteras, la multiplicidad de los disfraces, ocultarse á su vista; conocía tan á fondo los escondrijos, los garitós, los lupanares, las ratoneras, como Filidor las casillas de su tablero: á la sola vista de una contraventana derribada, de un vidrio roto ó de una cuchillada dada, decía: ¡ Oh! ¡ oh! conozco eso, porque así es como trabaja tal ó cual.

Y raras veces se engañaba.

Mr. Jackal parecía que no estaba sometido á ninguna de las necesidades de la naturaleza. No tenía tiempo para desayunarse, y no se desayunaba; no tenía tiempo para al-

morzar, y no almorzaba; no tenía tiempo para comer, y no comía; no tenía tiempo para dormir, y no dormía.

Mr. Jackal llevaba con una felicidad y una facilidad iguales todos los disfraces: rentero del Marais, general del imperio, sepulturero, conserje de una casa grande, portero de una pequeña, especiero, comerciante de hierbas medicinales, saltimbanqui, par de Francia, volatinero de Gand; era todo lo que quería, y hubiera avergonzado al cómico más hábil y más variado.

Proteo á su lado no hubiera sido más que un gesticulador de Tivoli, ó del boulevard del Temple.

Mr. Jackal no tenía padre ni madre, hermano ni hermana, hijo ni hija; estaba solo en el mundo, y parecía que había sido privado de familia por una providencia previsora que, al quitarle los testigos de su vida misteriosa, le había permitido marchar libremente por su camino.

Mr. Jackal tenía sobre los cuatro estantes de su biblioteca cuatro ediciones diferentes de Voltaire. En una época en que todo el mundo, y la policía sobre todo, era jesuita de túnica larga ó corta, sólo él hablaba francamente y citaba el *Diccionario filosófico* á propósito de todo, y sabía la *Puelle* al dedillo. Estos cuatro ejemplares de las obras del autor de *Cándido* estaban encuadernados en zapa, y plateados por el canto; emblema fúnebre de las sepultadas creencias de su propietario.

Mr. Jackal no creía en el bien; para él dominaba el mal toda la creación. Reprimir el mal le parecía el único objeto de la vida; no comprendía un mundo con otros fines.

Era una especie de arcángel San Miguel de las regiones bajas; el juicio final había comenzado ya para él; y usaba de los poderes que la sociedad le había confiado como le ángel exterminador se sirve de su espada.

Los hombres le parecían una gran colección de titeres y Juanes de las Viñas que ejercían toda clase de profesiones ; las mujeres eran según él las que movían los hilos de estos titeres y de estos Juanes de las Viñas : tenía también una monomanía de la que hemos visto una muestra en las primeras palabras que había pronunciado al abrir la puerta de su gabinete, monomanía que le conducía casi siempre á descubrir infaliblemente el crimen cuyo autor quería conocer.

Siempre que se le venía á denunciar una conspiración, un asesinato, un hurto, un rapto, un escalamiento, un sacrilegio, un suicidio, un crimen cualquiera, no respondía otra cosa que : « ¡ Buscad la mujer ! ¿ Quién es ella ? »

Buscábase la mujer, y una vez encontrada, una vez averiguado quién era ella, ya no había que ocuparse de nada : lo demás se descubría por sí solo.

Él mismo había dado la prueba de ello citando el ejemplo del albañil pizarrero que del alto de un tejado había caído al suelo.

Mr. Jackal había visto una mujer en el fondo de aquel accidente en que otro no hubiera visto más que un paso en falso, un desvanecimiento, un vahido, un vértigo.

Y la experiencia había demostrado que Mr. Jackal había visto bien.

Mr. Jackal, pues, había sido fiel á su principio, diciendo á Salvador, á propósito del rapto de Mina : « ¡ Buscad la mujer ! ¿ Quién es ella ? »

Tal era, y nos hemos quedado muy atrás en el retrato que hubiéramos querido trazar de él, tal era, decimos, Mr. Jackal, es decir, el hombre con el cual, y en cuyo carruaje Salvador y Juan Robert caminaban á lo largo del malecón de las Tullerías.

¡ Ah ! olvidábamos un rasgo característico de la fisonomía de Mr. Jackal : llevaba anteojos verdes, no para ver más, sino para que se le viese menos.

Cuando quería usar libremente sus ojos, levantaba sobre la frente con un movimiento rápido sus verdes anteojos : el rayo tornasolado ó irisco de su mirada irradiaba una llama entre sus dos párpados : en seguida bajaba sus anteojos, pero sin echarles la mano, sólo con una simple contracción de los músculos temporales : á la contracción de estos músculos volvían á caer los anteojos por sí mismo y á ocupar su puesto en la ranura que su arco de acero á fuerza de tiempo había hecho sobre la nariz de Mr. Jackal.

Rara vez tenía necesidad de renovar la primera inspección : ¡ tan rápida, profunda y segura era su mirada !

Pareciase aquella mirada á esos relámpagos silenciosos del estío que pasan á través de las negras nubes durante las ardorosas tardes del mes de Agosto.

CAPÍTULO XI.

¿ QUIÉN ES ELLA ? ¡ BUSCAD LA MUJER !

Al recibir Mr. Jackal á los dos jóvenes en su carruaje, había principiado por levantar [sus anteojos, y lanzar sobre Juan Robert una de esas miradas iriscas, tornasoladas que revelaban al hombre moral y físico.

Al cabo de un segundo habían vuelto á caer sus anteojos, sea que hubiese reconocido á Juan Robert, poeta, que según hemos dicho, ya había franqueado el primer

circulo de la pópularidad, sea que las líneas honradas del aspecto del joven le hubiesen bastado para indicarle que nunca tendria que hacer cosa alguna por aquel lado.

— ¡ Ah ! dijo luego que se hubo arrellanado en uno de los mullidos ángulos del carruaje (ángulo que había querido ceder á Salvador, pero que Salvador había rehusado obstinadamente), ¿ decimos pues que se trata de un rapto ?

Mr. Jackal tomó su tabaquera (taquera encantadora, fina y delicada (cajita de anises que había debido encerrar pastillas para la Pompadour ó la Dubarry). y aspiró con voluptuosidad un buen polvo.

— Veamos, contadme eso

Todo hombre tiene su lado flaco, su talón de Aquiles, su punto vulnerable.

Mr. Jackal tenía también el suyo ; y nosotros, historiadores infieles, habíamos omitido mencionarlo.

Mr. Jackal podía pasar sin comer, sin beber y sin dormir, pero no sin tomar polvo.

Su tabaquera y su tabaco le eran cosas indispensables.

Hubiérase dicho que era de su tabaquera de donde sacaba aquella serie innumerable de ideas ingeniosas, con cuya producción instantánea é incesante admiraba á sus contemporáneos.

Saboreó pues su polvo diciendo : « Veamos, contadme eso. »

Lo que iba á oír segunda vez, lo había oído ya Mr. Jackal la primera, pero mal, entre dos puertas, y preocupado con otras ideas.

Tenía pues necesidad de oírlo segunda vez.

En nada cambió sus ideas esta segunda audición, aun cuando el relato estuviese aumentado con los detalles que Salvador acababa de recoger de boca de la Brocante.

— ¿ Y no se ha buscado la mujer ? dijo : ¿ no se ha averiguado quién es ella ?

— No ha habido tiempo para ello : sólo sabemos el suceso desde las siete de la mañana.

— ¡ Diablo ! habrán trastornado la cámara y registrado á palmos el jardín.

— ¿ Quién ?

— ¡ Pero esas imbéciles !

Por esas imbéciles entendía Mr. Jackal la directora del colegio, las subdirectoras y las discipulas.

— No, dijo Salvador, no hay peligro.

— ¿ Cómo así ?

— Partió Justino á escape en el caballo de ese caballero (Salvador indicaba á Juan Robert) y se pondrá de centinela á la puerta.

— ¡ Si llega !

— ¿ Cómo si llega ?

— ¡ Claro ! ¿ Pues qué, un maestro de escuela sabe montar á caballo ?... Si me lo hubiérais dicho, os hubiera dado el Húsar.

Era éste uno de los dependientes de Mr. Jackal, á quien su habilidad en equitación había hecho que le diesen el elegante y expresivo sobrenombre de Húsar.

— Esa es justamente la observación que le hice, dijo Salvador ; pero me respondió que como hijo de labrador había montado á caballo desde niño.

— ¡ Bueno ! Pues ahora si se encuentra la mujer, si se averigua quién es ella, todo irá perfectamente.

— Pero, se aventuró á decir Salvador, no veo cerca de ella ninguna mujer de quien pueda desconfiarse.

— Siempre es preciso desconfiar de la mujer.

— No sois en verdad poco absoluto, Mr. Jackal.